

Miss Wilsson, que cuando la rodeaba el dulce encanto que su madre esparcía en torno suyo era impasible, se volvió cruel despues que la dejó sepultada. Herida su alma por el remordimiento, le pareció que sólo aturdiéndose podria acallarle, y llevaba la firme intencion de arrojarle de lleno en medio de un mundo, que siempre la acogia con aplausos y dilaciones.

Cuando la primera falta mancha la conciencia, Satanás pone una venda en los ojos del culpable para que corra á su perdicion.

CAPITULO XII

Las dos amigas.--Felicidad doméstica.

I

Tres años tenemos que dejar pasar, lectoras mías, para hallar de nuevo á Consuelo y á Alicia. Ni una ni otra han variado en este tiempo, ni era tampoco posible que esto aconteciese. La educacion de entrambas respondia del presente y del porvenir de cada una de las dos amigas.

Consuelo, instruida en sus primeros años por la excelente aya que su padre, en medio de los extravíos de su vida, tuvo la prudencia de buscarle, y despues, teniendo por modelo á la buena y dulce Rafaela, á quien amaba con la mayor ternura, era lo que forzosamente debia ser, formada por aquellas dos intachables mujeres. Alicia, da por aquellas dos intachables mujeres. Alicia, viviendo siempre á su capricho, sin rienda ni sujecion alguna, y pervertida por las venenosas

máximas de su padre, era la mujer dura y casi feroz, esa mujer cuyo tipo no es muy comun en la sociedad, pero que, sin embargo, se ve en ella algunas veces.

En los tres años, trascurridos en una absoluta carencia de afectos desde la muerte de su madre, habia dado sobradas pruebas de un corazon el más egoista y cruel. Casi no habia pasado un solo dia sin despedir á un inquilino de una de sus casas de su pertenencia porque se retrasaba en el pago, ó sin embargar todos sus míseros efectos á un pobre padre de familia, que suspenso ó despojado de su destino, no habia podido satisfacerle su corto alquiler. No obstante, al dictar tan crueles disposiciones, la sombra de su madre venia ante sus ojos, y le parecia que le reconvenia con semblante triste.

—¡Sé buena para los pobres! le habia dicho agonizante ya.

Pero Alicia, arrastrada por su carácter inhumano, habia olvidado estas palabras, y sólo el remordimiento las traia á sus oidos.

A pesar de su cruel avaricia, su caudal habia decaido considerablemente. Empeñada en manejarse sola en todos sus asuntos, porque, á ejemplo de su padre, creía que la robaban siempre, cerró sus casas de París y de Amsterdam, y sus negocios comerciales menguaron en una tercera parte. Sus dependientes no le eran fieles, en efecto, pues su afan de cambiar le habia hecho admi-

tir mucha gente nueva, y toda de no buenos antecedentes.

Horrible cosa era á aquella jóven de diez y nueve años sin afectos, sin cariño, y aislada en medio de un mundo que aguzaba sus crueles instintos y su vanidad, y que luégo la acusaba sin piedad de los mismos defectos que formaba en ella. Su hogar estaba mudo, desierto, helado; mas para librarse del triste vacío que reinaba en torno suyo, sólo estaba en él el tiempo que necesitaba para el escritorio, y despues corria de fiesta en fiesta, deseosa de aturdirse y de huir de sí misma. Sólo el amor podia haber regenerado á aquella alma marchita; pero la misma superioridad de su vasta instruccion y de su indisputable talento era para ello un obstáculo invencible. Como su madre habia dicho un dia, con ese tierno presentimiento de las almas nobles y amantes, ¡qué hombre era el que podia amar á aquella mujer tan fuerte; tan excenta de todos los amables defectos de la mujer, tan cargada de esas culpas que petrifican el alma y de esa negra ciencia, que hace del mundo un desierto y de todo cariño un juguete despreciable?

Alicia no habia amado á nadie, ni aún á su padre. Más aún; nunca debia amar. El único afecto puro que habia sentido, se lo habia inspirado su madre. Y este afecto habia sido ahogado, oprimido y como destrozado por su carácter férreo é independiente.

A los diez y nueve años apenas conservaba ya miss Wilsson señal alguna de belleza. Y es que el semblante es el espejo del alma, y la belleza de la mujer consiste, sobre todo, en la suavidad de la expresion.

No es la belleza la que triunfa en el mundo, ménos aún en nuestro sexo. Lo que triunfa, lo que domina, lo que subyuga, lo que impera, en fin, es la gracia. Porque la gracia es el arma más poderosa de la mujer, y al mismo tiempo el principal de sus atractivos. Alicia no tenia gracia; y la magestad severa de su frente y la correccion intachable de sus facciones, no equivalian á la dulzura de la mirada, ni á la blanda expresion de la sonrisa.

Jamás habia pensado en casarse, á pesar de los muchos pretendientes que todos los dias la asediaban. Bastábase á sí misma, ó al ménos ella lo creia así.

Dos veces á la semana la llevaba la costumbre á ver á Consuelo, á quien compadecia profundamente, y con todo el sentimiento de que ella era capaz.

Una afeccion extraña y la única que tenia cabida en ella la arrastraba hácia aquella criatura, á quien tenia por una de las más insignificantes de la tierra. Y era que Consuelo se parecia á su madre, y habia sido muy amada de Rafaela.

Claudio le inspiraba una especie de odio instintivo, á pesar de haber acompañado y asistido

á su padre desde los primeros dias de su enfermedad. Cuando mister Wilsson se postró en el lecho, Claudio corrió á su lado acordándose de las veces que habia socorrido su miseria; pero el fisonomía fuerte de aquel hombre y su severa fisonomía disgustaban en extremo á Alicia, quien le aborrecia de todas veras.

II

Era un sábado por la mañana. Las once acababan de dar, cuando el hermoso coche de miss Wilsson se detuvo en la plazuela de Bilbao y á la puerta de la modesta casa ocupada por Claudio Laroche y su esposa.

Hacia frío, pues aun no habia espirado Diciembre. Miss Wilsson bajó de su coche y subió la escalera con la sensacion desagradable que experimentaba siempre que entraba en aquella casa. La escalera de la suya estaba alfombrada desde el umbral, adornada de estatuas, y alumbrada por la noche con magníficos reverberos.

Antes de que ella llamase, se abrió la puerta de la habitacion de Consuelo, pues habiendo conocido ésta por el ruido del coche que era su amiga, habia enviado á abrir á su criada, que era una muchachita de catorce años.

—Buenos dias, Alicia, dijo Consuelo levantándose de la silla en que se hallaba sentada y co-

siendo, y adelantándose algunos pasos para recibir á su amiga.

La hija del banquero contestó con su frialdad habitual al saludo de Consuelo; se sentó en una silla que le presentó ésta y tendió los ojos por la habitación.

—¿Miras mis nuevos muebles? preguntó alegremente la señora Laroche: verdad que es bonita la tapicería de mis sillas?

—No es fea, contestó lacónicamente Alicia.

—Voy á enfundarlas de blanco, porque si no, mis dos ángeles me las mancharán.

Esto diciendo acarició Consuelo la cabeza de un niño como de dos años, que estaba sentado á sus piés, y echó una tierna mirada hácia una cuna que habia á su lado, y en la cual dormia otro niño que apénas contaría uno. Luégo tomó su labor, que habia dejado al entrar Alicia, y volvió á ponerse á coser.

—¿Qué afán de aguja! exclamó la inglesa con enfado; ¿no puedes dejarla un instante siquiera?

—No, repuso Consuelo con dulzura; perdóname, Alicia; pero estoy haciendo camisas para la señora de abajo, y he de darme mucha prisa, si quiero tener tiempo de preparar la envoltura al nuevo hijo que espero.

—No habia reparado aún en tu embarazo, dijo Alicia mirando con asombro á su amiga; y luégo añadió con desden:

—Hé aquí el matrimonio, ¡trabajos y penali-

dades y falta absoluta de sosiego!

—¿Quién dice eso? exclamó vivamente Consuelo: ¿dónde hay institucion más bella y santa? Donde no hay amor legítimo, ¿puede haber felicidad doméstica? ¿Y no es el matrimonio el único medio de lograrla?

—No lo sé, respondió Alicia, quien á pesar de su frio egoismo, gustaba de discutir con su amiga, cuyo claro talento se habia desarrollado al lado de la superior y vasta inteligencia de Claudio; no sé si el matrimonio es el único medio de lograr la felicidad doméstica; sólo sé que yo soy dichosa sin él.

—¿No, no! ¡Tú no eres dichosa! exclamó Consuelo con vehemencia: no puedes serlo, viviendo siempre sola, siempre aislada, y como oprimida con tu propia vida y con tu excesiva riqueza.

—¿Me disputarás la felicidad que yo misma experimento?

—¿La felicidad! repitió Consuelo: ¡si fueras feliz, no perderias la frescura de las mejillas y el brillo de la mirada! ¡Si fueras feliz, no estaria desterrada de tus labios la sonrisa!

—Pues aún lo seria ménos, atada con las cadenas del matrimonio. Ese yugo indestructible ¿es acaso la dicha? ¿Consiste la tuya en verte rodeada de séres inocentes, á quienes no puedes dar más que un poco de pan?

—Les doy todo el que quieren, contestó Consuelo mirando con ternura á sus dos hijos:

¡todavía no les ha escaseado un día!

—¡Gracias á tu continuo y aflictivo trabajo!

—¡No, Alicia, no! ¡Gracias á su padre y á Dios! ¿Qué hay comparable á esa dulce union de dos almas, producto de un matrimonio feliz? ¿Qué hay más bello que esa reciprocidad de afectos, de dolores y de alegrías? El amor ilegítimo, si por desgracia existe en la sociedad, ¿es otra cosa que una imitacion bastarda del matrimonio mismo? ¿Qué hacen el uno por el otro dos amantes nobles y entusiastas, que no hagan dos esposos que lo sean tambien? ¿Arrebata acaso la nobleza y la generosidad del corazon, ese nudo que santifica y legitima el amor á los ojos del mundo?

—Acaba el amor mismo, repuso Alicia: el esposo no obra como el amante: desde el momento en que es el dueño *legítimo* de la mujer á quien amaba, deja de considerarla y de guardarle hasta los miramientos que exigen la buena educacion y la cortesia. Dime, por ejemplo, continuó clavando en Consuelo una mirada de lástima: si Claudio fuera tu amante en vez de ser tu marido, ¿te permitiria estar trabajando día y noche para ayudarle á sostener la casa? ¿No es vergonzoso que una mujer gane dinero para mantener á sus hijos? ¿No es ésta la obligacion del marido?

—Creo, por el contrario, repuso Consuelo, que la mujer debe ayudar tambien cuando tiene medios para hacerlo, y cuando el esposo no gana lo bastante para vivir con desahogo y comodidad.

¿Qué es el matrimonio si no una comunidad de trabajos y de placer, de alegría y de dolor? ¿No disfrutan lo mismo el uno que el otro de lo que ambos ganan? ¿Hay algo comparable á la dicha de ofrecer alguna comodidad al objeto amado? Mira mis muebles, Alicia, mira mis lindas sillas de tapicería que han sustituido á las de paja que ántes nos han servido; mira mi consola; mira mi espejo, tan grande tan hermoso; mira mi velador, mis cortinas, y esos cuadros que representan escenas campestres; todo esto me parece más bello de lo que es en sí, porque lo han ganado mi aguja y la pluma de Claudio. ¡Más alegre mis ojos este modesto ajuar, que alegran los tuyos los suntuosos muebles que há poco has renovado sin costarte otro trabajo que sacar de una de tus gabetas un puñado de oro!

—No creo nada de cuanto me dices, repuso Alicia; pero forzoso será persuadirte de que estás contenta en medio de tu pobreza, cuando algunas veces te he ofrecido dinero, y siempre lo has rehusado.

—Gracias, Alicia, muchas gracias, dijo Consuelo estrechando la mano de su amiga; no debe abusarse de la amistad en tanto que Dios nos conceda los medios de ganar el pan; yo tambien soy rica, ¡muy rica! Tengo un esposo que me ama con pasion, y á quien yo he vuelto bueno y creyente, de iracundo y descreído que era: tengo dos hijos hermosos co-

mo ángeles, y espero otro para ser del todo feliz.

III

Calló la jóven despues de pronanciar estas palabras, y Alicia la consideró silenciosamente durante algun tiempo. Consuelo estaba hermosa, animada así por el amor entusiasta que su esposo y sus hijos le inspiraban.

Enmedio de aquella modesta habitacion, y al lado de Consuelo, vestida con un sencillo traje de lana oscura, se destacaba la soberbia figura de Alicia, vestida de rico terciopelo, y envuelta en una capa de pieles, como una soberana en su manto imperial.

Y sin embargo, ambas simbolizaban exactamente las imágenes de la dicha tranquila, y del fausto y la riqueza. Consuelo alegre, sonrosada, con la mirada tranquila y apacible, ora miraba á sus hijos, ora al cielo, como para darle gracias por su ventura. Alicia, con la mirada fija y perdida, con sus labios fruncidos y la fisonomía helada é impasible, parecia incapaz de sensaciones.

—Te compadezco, dijo al fin dirigiéndose á su amiga; sí, te compadezco, Consuelo, porque, á imitacion de la mayor parte de las mujeres, vives sólo para el amor, y serás víctima de él.

—¿Cuál es, pues, el destino de la mujer, si no

el amor? repuso Consuelo; yo tambien, Alicia mia, yo tambien te compadezco á tí, porque no lo sientes.

—No espero tampoco sentirlo jamás.

—De ese modo siempre te compadezco, pues no hallarás nunca dicha en la tierra, y tu corazón estará eternamente helado y vacío, y tu alma árida y triste.

Consuelo se detuvo aquí, y despues, como herida de una súbita reflexion, volvió á dirigirse á su amiga, y le preguntó:

—¿No amas, pues, á Dios?

—Le admiro en mí misma, contestó la jóven con un orgullo tan helado y feroz, que Consuelo hizo un movimiento de espanto.

—¿Solo en tí? exclamó con una sorpresa mezclada de pena.

—Únicamente en mí.

—¿No habla nada á tu imaginacion la vista de la naturaleza?

—Nada; por eso no voy jamás al campo.

—¿No rezas todos los dias?

—Sí; todos repito las oraciones que me enseñó mi madre.

—¿Y no sientes al rezar cierta ternura? ¿No se han arrasado alguna vez tus ojos de lágrimas con las palabras de la oracion?

—No: sólo una vez he llorado en mi vida.

—Cuándo?

—Cuando ví morir á mi madre.

—¿Pero de qué nacia ese sentimiento?

—De la certidumbre de haber perdido el único sér que me era completamente adicto sobre la tierra.

—¡Ah! exclamó Consuelo con vehemencia, ¡hé aquí los tristes resultados del saber! ¡Sólo con un temple como éste puede vivir la mujer emancipada! Como Eva has trocado el amargo fruto del árbol de la ciencia, por la obediencia y amor á Dios. La ambicion ha sofocado todos los gérmenes de la religion y la piedad. ¡El dia en que seas religiosa amarás, Alicia, amarás! ¡Jesus y su Madre son las más hermosas imágenes del amor! ¡Ellos le aconsejan y le inspiran!

—Ama en buena hora, contestó Alicia con desden; ana tú, pobre y débil hiedra, al fuerte y áspero roble que te da apoyo y te sostiene. Yo me basto á mí misma.

—Pero te espera una vejez sin afectos, Alicia; ¡una vejez sin familia y sin cuidados!

—¡Qué importa! Soy muy rica y todo me sobraré: hasta hoy he renunciado á muchos placeres, por no probar sinsabores; hé renunciado á la amistad y al amor, para no padecer con las penas de los otros, ya que no las tengo. Creo que nadie ha sido tan feliz como yo, pues me basto á mí propia, y para demostrarte hasta qué punto me son indiferentes las sensaciones, bastará con que te confiese que mi madre al morir me dijo *que lo que encerraba su secretaire era para mí, y que*

aún no he tenido deseo de mirarlo.

—¿Será posible! exclamó Consuelo.

—La imagen de mi madre vive en mi memoria aun más de lo que yo quisiera; ya he procurado borrarla, pero es indestructible, continuó Alicia con sombría expresion; ¿para qué necesito, empero, volver á abrir su habitacion? Este es un templo para mí, al cual me retiraré el dia en que sea enteramente desgraciada.

La llegada de Claudio contuvo en los labios de su esposa la respuesta que iba á dar á la hija del banquero, é hizo que esta última se levantara para despedirse.

No obstante, era tan grande la mudanza que se habia efectuado en Laroche, que Alicia no pudo ménos de mirarle con atencion. Claudio no era ya el hombre de aspecto silencioso y sombrío.

La alegría brillaba en su rostro y parecia haberle rejuvenecido. Una indescriptible expresion de paz y bienestar embellecia sus facciones, hermosas por naturaleza, y parecia tan satisfecho de los demás como de sí mismo. Vestia con una decencia que se asemejaba al lujo, y sus modales, cultos siempre, por su mucho trato de mundo y por su sobresaliente talento, habian perdido la amarga aspereza que les comunicaba la desgracia.

Al entrar, abrazó á su esposa y á sus hijos; y luégo, reparando en miss Wilsson, la saludó con

una política grave y llena de frialdad.

La pasión que le había inspirado Rafaela fué subyugada con la reflexión cuando el doctor removi6 en aquel pecho enpedernido las semillas del honor; pero veneraba siempre su memoria, y detestaba á su hija como á su verdugo y como á una mujer sin corazón.

Alicia se despidió de su amigo, y bajó para tomar su coche, en tanto que Claudio, sentándose sobre la alfombra, se ponía á jugar con su hijo mayor.

CAPITULO XIII

**La Fuente Castellana.--Dos carruajes.
Una herencia inesperada.--Suicidio.
Mme. Stael.**

I

Voy á terminar la historia de Alicia y de Consuelo contandoos lo que he sabido de ellas hace poco tiempo.

Era una bella tarde del 20 de Febrero de 1876, y paseaba yo por las hermosas alamedas de la Fuente Castellana. Despues de algunas vueltas me sentí algo cansada, y me senté en una de las de piedra del paseo, entreteniéndome en mirar los carruajes.

Todos estaban llenos de damas, más ó menos bonitas, más ó menos jóvenes, y á todas las miraba yo con esa curiosidad indiferente que fatiga bien pronto, cuando ví pasar uno que llamó mucho mi atención. Ocupábanle dos personas. La